

Desde Ismael e Isaac, hasta el choque de Moros y Cristianos

Es bien sabido que las tribus que habitaban la Península Arábiga en el siglo séptimo, tras su unificación bajo el estandarte de la nueva religión islámica, atribuyeron sus orígenes al hijo de Abraham, Ismael. Sin entrar en consideraciones históricas acerca de lo riguroso o no del dato, el hecho es que todo musulmán se siente heredero de la religión de Abraham a través de Ismael, hasta llegar al profeta Mahoma.

Sí sabemos por lo que la Biblia nos dice, que los descendientes de Ismael constituirían una gran multitud (Gn.16:10) y que poblaron las regiones hacia el sur este de Palestina, hacia el desierto de Parán (Gn.21:21), la actual Arabia. Y esto mismo nos permite descubrir algunos rasgos proféticos de lo que constituyó o deberían constituir las relaciones entre los descendientes de Isaac y los de Ismael, luego perpetuado en los contactos entre los seguidores de Cristo y los de Mahoma, hasta nuestros días.

En 1996 Samuel Huntington, puso el dedo en la llaga del inminente enfrentamiento de bloques que acaecería tras el fin la guerra fría, en su libro *El Choque de Civilizaciones*. Según él, el próximo choque sería entre la civilización resultante del Cristianismo y aquella abanderada por el Islam. El 11-S y el 11-M parecían confirmar sin lugar a dudas sus premoniciones.

Pero ¿cual es el enfoque que nos da la Palabra y aquel que por tanto deberíamos abrazar nosotros como cristianos? Antes de analizar algunos de los indicios que nos da la Escritura en los relatos sobre Ismael, quisiera recordar uno de los primeros incidentes entre Israel y los Palestinos (los filisteos). Aquel en el que Josué le pregunta al Príncipe de los ejércitos de Yavéh, de qué lado estaba él. La contestación no deja lugar a dudas: “¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos? Y él respondió: No; más bien yo vengo ahora como capitán del ejército del SEÑOR” (Jos 5:14-15; LBLA). Del mismo modo creo que como creyentes, llamados a ser heraldos de Aquél que vino a ser “nuestra paz, [y] de ambos pueblos hacer uno” (Ef 2:14), debemos desmarcarnos de cualquier posicionamiento en favor de uno u otro bloque (y tristemente muchas veces vemos lo contrario: un tomar partido en el conflicto palestino, un segregar a otros por causa de su religión o cultura...).

De cara a ser nosotros mismos “*pacificadores*” (Mt 5:9) y los que claman “*reconciliaos*” (2Co 5:20), hay varios puntos básicos que nos interesan profundamente sobre el relato bíblico de Ismael en Génesis 16 y 21. Muy brevemente:

- a) la promesa de multiplicación (16:10);
- b) la respuesta de Dios al clamor de Agar y a la voz de Ismael (16:11; 21:17); y
- c) Dios abriendo los ojos para que ellos vieran la fuente de agua (21:19).

Estas tres pinceladas nos hablan del carácter que imprimió Dios en Ismael y en su descendencia, y a la vez nos dan una perspectiva profética de lo que El quiso y quiere hacer con los ismaelitas...

- a) multiplicar un pueblo que llegue a ser Suyo (pues la multiplicación es expresada como un signo de bendición divina);

- b) responder a su incesante clamor a un Alá lejano, hoy perpetuado cinco veces al día por la gran inmensidad de musulmanes; y
- c) abrirles los ojos para que vean a Aquel que da a beber de la fuente de aguas vivas.

¿Qué ha ocurrido en el pasado para que hayamos llegado al punto de fricción actual entre musulmanes y cristianos? Y ¿qué podemos y debemos hacer nosotros para ser agentes de pacificación, reconciliación y salvación?

Haciendo un repaso supersónico del lapso de historia entre el siglo séptimo y nuestros días, en cuanto a las relaciones entre “moros y cristianos”, podemos decir que: en el s. VII les dimos a conocer un cristianismo politeísta (Padre, Madre e Hijo), les predicamos el evangelio de las cruzadas en el XII y XIII, y luego los colonizamos para humillarlos y desposeerlos de su dignidad en el XIX y XX. Bien es verdad que no se puede decir que ellos “no hayan roto un plato” precisamente, ya que borrarón la cristiandad del norte de Africa en los ss. VIII-IX, devastaron al bastión bizantino en el XIV-XV, y han puesto en jaque a todo Occidente en el XX y XXI. Dicho en palabras de Huntington: “El peligro de choques del futuro probablemente surgirá de la fricción entre la arrogancia de Occidente y la intolerancia islámica” (1996:183). ¿Donde estamos o debemos estar nosotros? ¿Debemos atacar la intolerancia o bien despojarnos de nuestra arrogancia? Creo que la mejor manera de combatir cualquier tipo de intolerancia empieza por aprender a respetar, incluso al que nos parece que no se lo merece...

Como cristianos debemos evitar demonizar a ninguna parte y recuperar el evangelio del “amor a los enemigos” (Mt 5:44) y el de “vencer con el bien el mal” (Ro 12:21). Por tanto entender el por qué de la reacción violenta de “el otro” y, sin ignorarla o justificarla –ni mucho menos–, entenderla y contrarrestarla con el evangelio de “él que se vació a sí mismo” (Flp 2:5).

El Islam se define a sí mismo como la religión de la paz, del “salam” (equivalente al “shalom” hebreo), pero debe “predicar con el ejemplo”. La fe cristiana se define como “el evangelio de la paz” (Hch 10:36; Ef 6:15), “de la gracia” (Hch 20:24) y “de la salvación” (Ef 1:13), y por ello debemos corregir los errores de la historia, aunque los atribuyamos más a la cristiandad nominal que al “remanente fiel” de la iglesia, y también “predicar con el ejemplo”. Y sólo hay una manera de vencer las hostilidades: haciendo “borrón y cuenta nueva” de heridas o prejuicios del pasado e intentando conocer y así amar lo más posible al “otro”, *“aunque amándolo más, seamos amados menos”* (2Co 12:15).

Carlos Madrigal
Estambul, Noviembre de 2008